Suárez y Soares: mucho que negociar.

Portugal y España

Eduardo Haro Tecglen

LAS relaciones entre España y Portugal han sido siempre muy peculiares. Aún cuando hayan coincidido sus regímenes como en los tiempos del Pacto Ibérico, que era un pacto totalitario entre dos países totalitarios, ha habido siempre una especie de reservas mutuas, y sobre todo una suspicacia por parte de muchos portugueses que han temido intentos de absorción o de hegemonía española.

Sin embargo, hay unos paralelos históricos y geográficos que son difíciles de soslayar. Hoy mismo la Península está considerada desde entidades supranacionales como una unidad: la OTAN, los Estados Unidos —si no es, finalmente, decir los mismo— consideran la Península como una plataforma —"un portaaviones", se ha llegado a decir— de clara importancia estratégica, incidiendo en dos mares, avanzada sobre Africa. El Mercado Común buscaría también una fórmula de entendimiento con los dos países simultáneamente. Es posible que algunas formas de unidad entre los dos países que han obviado siempre delicadamente cualquier formulación de unidad mayor pueda llegar a estar determinada desde fuera.

La cuestión del paralelismo histórico entre los dos países en la época contemporánea tiene una profundidad interesante. Las fechas de sus cambios políticos son bastantes correlativas, con algún adelanto por parte de Portugal. Las crisis que en España condujeron a la Segunda República —crisis típicas del siglo XIX, que aquí se fueron prolongando— son las que llevaron a Portugal a su primera República de 1910; la crisis mundial de 1929 en Estados Unidos y su proyección sobre Europa, que provocó y fortaleció las respuestas de los fascismos, determinó en Portugal el régimen de Oliveira Salazar en 1932, después de haber pasado por dictaduras más o menos cortas, más o menos rígidas —el general Pimenta de Castro, el mayor Siderio Paes, el general Gomes da Costa— que tuvieron la intención correctora y contrarrevolucionaria que pudo tener en España la de Primo de Rivera. España necesitaría unos años más y una guerra civil para llegar a un régimen corporativo, totalitario, de un tipo similar al de Oliveira Salazar. Hay otros datos enormemente diferentes entre los dos países: la actitud ante las dos guerras mundiales, el sistema colonial, la economía interna. Toda la red de relaciones exteriores... Pero ello parece indicar que a pesar de una disimilitud de datos inmediatos, la influencia de las grandes corrientes exteriores es incluso superior a las características de cada país. Se trata de hacer frente en una época determinada a la lucha de clases que agudizaba la situación económica internacional, se trataba de mantenerse lejos de la influencia del triunfo del comunismo en Rusia y de la ola de expansión comunista basada sobre todo, además de en una ideología, en unas circunstancias de clases oprimidas: y se trataba también de asumir la gran forma contrarrevolucionaria de la segunda y tercera decena de este siglo que llamamos con el nombre genérico de fascismo, aún cuando sus datos visibles variaran considerablemente de un país a otro. La influencia de Mussolini y de Italia debía parecer como muy importante para países de la zona del Sur de Europa, para países de fuerte religión católica, amplia demografía y pobreza endémica, y ello se reveló más fuertemente en Portugal: España tuvo inclinación mayor por la Alemania de Hitler. Quizá por una vieja fascinación española por el Norte de Europa y por la gran leyenda de la eficacia alemana: quizá también por una actitud respectiva diferente con Inglaterra, a la que España todavía no había perdonado, siglos después, la cuestión de la Armada Invencible y el protestantismo, la reforma, mientras que para Portugal era una vieja aliada, con una influencia que todavía es visible en signos exteriores que podrían estimarse tan frívolos como los autobuses, los buzones de correos y otras menudencias, y también en una influencia cultural mucho más seria. La Inglaterra de la preguerra aceptaba más el fascismo de Italia —que había sido su aliada en la guerra mundial anterior— y menos el nazismo de Alemania, que había sido su enemiga. Churchill mantuvo toda la cordialidad que pudo con Mussolini, a quien admiraba seriamente, hasta que fue imposible. Portugal, por otra parte, había participado en la primera guerra mundial al lado de Inglaterra, con un cuerpo expedicionario más simbólico que eficaz, mientras España había permanecido neutral. En la segunda guerra mundial, las dos naciones neutrales —España se declararía después no beligerante— tuvieron tendencias distintas: Portugal favorecería la causa aliada, España la nazi-fascista. En un momento, Portugal pudo albergar sospechas de que con el impulso alemán España podría tener una hegemonía directa de la Península Ibérica.

Los dos regímenes han marchado paralelos, tratando de retocar su totalitarismo al haber pasado de moda las fórmulas originales del corporativismo, para sobrevivir en un mundo de democracias triunfantes. Han sobrevivido los dos a su propia vigencia histórica: esto es, cuando sus fórmulas ya eran ineficaces y habían dejado de conectarse con el mundo ambiente, estuvieron tratando de continuarlas por otros medios, lo que les ha dado un considerable retraso sobre el proceso histórico del entorno occidental. Sus problemas eran de todas formas distintos aparentemente: mientras Portugal, beneficiándose de una asistencia exterior mayor que la de España —por su actitud en la guerra—, mantenía un imperio colonial que la empobrecía, España se desprendía tranquilamente de los restos imperiales que le habían quedado, y comenzaba un proceso de industrialización y de sociedad de consumo. Cuando estalló la revolución portuguesa que debía acabar con el totalitarismo nacional, España sintió dos actitudes distintas. Por una parte, las clases dominantes sintieron terror ante el paralelo —y la izquierda experimentó una gran fascinación—, mientras, por otra se aseguraba

que eran situaciones sin paralelo posible. La caída del régimen de Portugal se atribula directamente, según esta última tesis, a la rotura definitiva del imperio colonial, a la imposibilidad de continuar una guerra que no ganaba ni perdía, pero que empobrecía al país con una velocidad uniformemente acelerada, y a una actitud del ejército que se veía desprestigiado y empobrecido, víctima de una guerra que sólo estaba sirviendo para fortalecer los grandes capitales. Sin esos datos inmediatos, las clases dirigentes españolas podrían sentirse a salvo de un acontecimiento similar; sin embargo, el miedo a tener un país revolucionario en el costado occidental, con una larga frontera, le dominaba. Utilizaban Portugal como una metáfora para su propia situación, con lo cual no comprendían el fenómeno portugués ni el español. En los grandes rasgos atribulan la caída del fascismo portugués, representado ya por Caetano, a una nueva blandura del régimen, que efectivamente había intentado unas reformas internas leves, similares a las que años después querría intentar en España Arias Navarro con la ayuda de Fraga y la colaboración de Areilza. La gran derecha española pretendió ya una galvanización del régimen. Sin embargo, el régimen estaba ya acabado por esas fechas: estaba, como el de Portugal, envejecido.

No es casual que los regímenes totalitarios cayeran al mismo tiempo en España, en Portugal y en Grecia (mismo tiempo = una medida histórica que no puede tener en cuenta unos años de variación). Como tampoco es casual que su caída haya sido relativa en los tres países, y en los tres se haya mantenido un tipo de régimen favorable a la Alianza Atlántica, favorable a la actitud de los Estados Unidos en el mundo. Se trata de un fenómeno de lentitud en la incorporación a los grandes movimientos europeos, propio de países que, estando directamente influidos por ellos, tienen una resistencia peculiar en razón de la dureza de sus instituciones coriáceas. Un Karamanlis en Grecia, un Soares en Portugal, un Suárez en España, representan —a pesar de sus distintas significaciones políticas— una forma de estabilizar la contrarrevolución: una revolución muy controlada. Las anomalías de estos tres países con respecto al contexto europeo —occidental; es decir, de un sistema político europeo dominado por los Estados Unidos— habían sido utilizadas en la primera y larga parte de la posguerra como elementos de guerra fría, como militantes del anticomunismo. Las situaciones anticomunistas venían dadas ya en España y en Portugal; se trataba únicamente de reforzarlas, y así se hizo. En Grecia habían sido enteramente creadas por los Estados Unidos y por Gran Bretaña, y habían necesitado en algún momento dado un refuerzo, como fue el golpe llamado "de los coroneles". Pero sucedía que la situación del mundo había cambiado ya, como consecuencia de lo que se ha llamado "equilibrio del terror" —la imposibilidad de una gran guerra por exceso de poder de los dos adversarios— y de su consecuencia lógica, la coexistencia pacífica. Lentamente, después de los primeros contactos de entendimiento entre los Estados Unidos y la URSS —en la época de Krutschev y de Kennedy— se había ido restableciendo en todo el mundo europeo el sistema de valores de la democracia, que había sido alterado por la posguerra y la guerra fría. Esta recuperación de valores servía, al mismo tiempo, a un desarrollo económico que se ha llamado sociedad de consumo, y requería una mayor libertad aparente del ciudadano. Poco a poco las izquierdas democráticas han ido ganando terreno, hasta llegar a situaciones tan visibles como la de Italia y tan determinantes como la de Francia. Las socialdemocracias se instalaban en el Norte europeo. Y los partidos comunistas empezaban a ser admitidos de otra forma. El modelo de democracia dura y contrarrevolucionaria que había prevalecido en la guerra fría, y que los ciudadanos habían llegado a aceptar —a soportar— en razón del peligro de guerra mundial que se les hacía ver como inminente, había terminado. Las nuevas condiciones, la nueva economía, requería una reforma total de costumbres: un adiós a la austeridad. Y la austeridad es un bloque espartano. Si algo cambia, cambia todo. Las nuevas relaciones sexuales, la entrada de la juventud en la política directa e indirecta, el divorcio, el aborto, la nueva constitución, por tanto, de la familia, aparecían ya consideradas y tratadas de otra manera. Cuando la extrema derecha española alude a lo que llaman, por ejemplo, "la ola de pornografía que nos invade", como una cuestión política, tiene razón. Solamente que se equivoca en cuanto a su atribución. No es el comunismo —que sigue siendo, en los países donde está instalado, desde la URSS hasta Cuba, puritano y espartano—, sino la democracia abierta, la democracia capitalista de corte occidental la requiera esta nueva forma de vivir, este tipo de libertades que dan al ciudadano una sensación de libertad. No es, por lo tanto, nada extraño que un gobierno de la derecha, como el de Suárez, haya abierto al país en ese sentido —tras los desnudos en el teatro y el cine, en las revistas, se habla ya de la institución del divorcio, del restablecimiento del juego en casinos públicos—, porque supone dos ventajas: una de orden político, que es el de aumentar la sensación de libertad del ciudadano, y otra de orden económico, que permite el desarrollo de la sociedad de consumo.

No podía suceder que en esta tendencia global europea dos países tan significativos en una zona determinada del continente, como Portugal y España, quedarán fuera de la corriente, como no pudieron quedar fuera de la corriente de los fascismos en los años treinta. Son países que necesitan esa conexión mundial. Por eso, el régimen portugués estaba prácticamente acabado antes de la revolución, que no fue más que un soplido sobre algo que era polvo acumulado, en forma de momia de las que no resisten el aire exterior, como lo estaba el español antes de la muerte de Franco.

Portugal se ha adelantado una vez más en la Historia a captar las corrientes exteriores y a llevarlas hacia su propia necesidad. Los correctivos exteriores a la revolución del 24 de abril de 1974, en la que tuvo un papel preponderante el partido comunista y la extrema izquierda, han ido funcionando hasta tener un gobierno socialista que conecta mejor con los estilos socialdemócratas europeos que con los socialismos del Sur —aun oponiéndose a las alas izquierdas de su propio partido, con escisiones y expulsiones como las sucedidas en el fin de semana pasado—, que ofrece a los Estados Unidos y a Europa una garantía suficiente contra el comunismo, que Portugal es menos "euro" que en otros lugares. España tiene una continuación del régimen anterior con unos índices de apertura suficientes para el mundo externo; un régimen de derechas, donde los residuos del sistema anterior siguen teniendo más fuerza que en Portugal, incluso más que en Grecia —donde son muy fuertes—, que ofrece unas reformas constitucionales actuales y promete otras futuras, pero que se mantiene también dentro de las garantías anticomunistas.

Diferentes en sus concepciones generales del mundo y la sociedad, distintos en la implantación de sus regímenes, opuestos en sus procedencias, Suárez de España y Soares de Portugal tienen, evidentemente, mucho que negociar y mucho que apoyarse mutuamente: para el interior de sus países y para la proyección exterior de las dos naciones. Puede que su entrevista primera no haya sido trascendental a la hora de decidir o de pactar: puede que Soares haya opuesto más de una reticencia a las formas democráticas que Suárez, que están dejando fuera al partido hermano. Para Suárez —y para su hábil e inteligente ministro de Asuntos Exteriors, Oreja— es un éxito. A la larga, el camino de los dos países podrá tener una convergencia mayor en la línea democrática. ■

Con el Presidente de la República portuguesa, general Ramalho Eanes, en Lisboa.